

Los últimos caballos de Cristina

Cristina Gálvez murió el domingo pasado de un ataque al corazón. Sola, —había optado desde hace algún tiempo por la soledad y las horas nocturnas— se encontraba revisando los trabajos de sus alumnos. Escultora, dibujante, maestra, la suya ha sido una de las presencias extraordinarias —aunque, tal vez por ello mismo, no precisamente determinantes— de nuestro ambiente plástico.

La inevitable e imprescindible retrospectiva a la que sin duda dará lugar su fallecimiento, nos permitirá más adelante detenernos en el sentido específico de su obra. En este momento preferimos, sin pretensiones de lograr una imagen definitiva, delinear algunos aspectos esenciales de su aporte a nuestro medio, súbitamente empobrecido por esta ausencia.

Formada inicialmente en Europa, Gálvez estudió cuatro años en la ENBA bajo la dirección de José Sabogal, con quien mantuvo una relación áspera acentuada por pequeñas y significativas violencias. Era el encuentro de dos intransigencias dispares.

Cristina poseyó siempre una inusitada fuerza de carácter que algunos han confundido con militancia ideológica. Aunque mujer de izquierda, su participación en organismos como "Amnistía Internacional" y el "Frente de Intelectuales Peruanos por la Identidad y Soberanía de los Pueblos de Nuestra América", no debe dar lugar a conclusiones precipitadas.

Poseía, en todo caso, un instinto acertado y radical, como lo puede ser en nuestro medio exigir la supresión de la enseñanza privada. Pero su rebeldía se erigió ante todo contra las imposiciones sociales de su entorno, la banalidad y prejuicios de nuestras clases acomodadas.

En contextos distintos, Rosa Alarco, Doris Gibson y Cristina Gálvez —al margen de las diferencias que cada uno de estos nombres implica— han representado entre nosotros no sólo la expresión del triunfo de la voluntad individual sobre el medio sino a la vez el resquebrajamiento de un orden moral impuesto y la emergencia de nuevas categorías y espacios de acción para la mujer peruana.

En el caso de Gálvez, aunque probablemente no de una manera tan radical y profunda como en Rosa Alarco, un sensible descenso en su nivel de vida y diversos viajes al interior permitieron consolidar esa experiencia de insuñición y autonomía.

Por mucho tiempo su obra reflejó, en sus propias palabras, "nada más que la miseria en el Perú". También realizó alguna escultura religiosa, pero de contenido humano antes que místico. Luego vendrían los animales, las metáforas, los signos, en una labor de profundización siempre asociada a un referente cultural específico.

Cristina ha sido para nosotros una de las raras instancias en que una genuina cultura y un notable talento han logrado desarrollarse en forma combinada a través de obsesiones personales y artísticas.

Pero en Gálvez no sólo hemos perdido a una de nuestras escasas expresiones de madurez plástica. También casi la única alternativa a la deformación sistemática que las academias del país imponen. Su extraordinaria vocación docente, su entrega y tolerancia hicieron de ella una

opción a la que acudían "a escondidas" (como solía decir) alumnos de otras instituciones, pero sobre todo de la Escuela de Artes Plásticas de la U.C., donde ciertos intereses creados le impidieron enseñar.

El trabajo que llegó a realizar en la ENBA se caracterizó por su actitud desafiante y fervorosa, exigiendo que los calcos fueran echados a la calle para ser reemplazados por modelos vivos; denunciando lo corrupto y subjetivo del sistema de evaluación; clamando, en fin, por la erradicación de la pedagogía reaccionaria que aún prima en aquel centro de estudios. No es de extrañar que permaneciera en él sólo cinco meses, los suficientes para constatar la frustración y promesa contenida en aquellos muchachos pauperizados que contra toda previsión lógica ansían sólo ser artistas.

Es sin duda de ellos que Gálvez recibirá al homenaje más sincero. Probablemente en su obra esté inscrito imprescindible de su legado, pero una porción esencial de aquella herencia reposa en la amplitud y profundidad con que se entregó a la enseñanza, así como en una vida singular sobre la que, afortunadamente, supo en ocasiones dar generoso testimonio.

Tal vez el último, publicado en Debate hace ya año y medio, se convierta ahora en una suerte de resumen y testamento. "Lo que yo siento en escultura", decía en aquel reportaje, "no es la forma, es la tensión, es el vacío". Más que una apreciación del sentido de su obra última, un esbozo de los términos en que supo desbrozar y entregarnos una vivencia. (Sebastián Gris)

